

## **El encuentro de las culturas: mito y utopía en la era de descubrimientos**

**Taissa Paniotova**  
**(Rusia)**

### **Resumen**

En los albores de la Modernidad, a la conciencia europea le estaba predestinado un nuevo encuentro con el mito. El Renacimiento de nuevo descubrió la riqueza de la mitología antigua y, como resultado de la ampliación de los límites terrestres en la Era de los Descubrimientos, se conduce a la interacción del pasado mitológico de Europa con la conciencia mitológica de los pueblos autóctonos de América. La gran orientación mitológica de la conciencia de los navegantes en la superación del «Mar del Norte» contribuyó, a su vez, al resurgimiento de los arquetipos originales. Al mismo tiempo, continuaba el proceso de racionalización del mito, que determinó en muchos aspectos el nacimiento de la utopía latinoamericana. El objetivo del artículo consiste en analizar el encuentro de la mitología clásica y autóctona en la era de descubrimientos como la base de la formación de la utopía latinoamericana

### **El mito sobre la Edad de Oro como fuente y premisa de la utopía**

Los mitos, actuando en la conciencia humana en calidad de elementos estructurados del inconsciente, cristalizan la experiencia arquetípica. Los elementos de construcción de cualquier mito son el conjunto de arquetipos – de los que el inconsciente recoge las imágenes y forma las tramas mitológicas. Según Jung, los arquetipos o imágenes primordiales son «formas o imágenes colectivas que se dan en toda la tierra como elementos constitutivos de los mitos y, al mismo tiempo, como productos autóctonos e individuales de origen inconsciente» (Progoff, 1967).

Los motivos mitológicos son generales a todos los tiempos y pueblos. Así, la idea de la Edad de Oro puede encontrarse en diferentes culturas.

Los relatos sobre la sociedad humana que en los albores de su existencia había sobrevivido cierto período de felicidad e inocencia, se descubren en la mitología y el folklore de muchos pueblos del mundo. Conforme a los canones «primitivistas», en la época de la edad de oro o del paraíso perdido la humanidad se encontraba en armoniosa e inseparable unidad con la naturaleza, que, como madre, abastecía sus necesidades y la existencia feliz y despreocupada. Fue la época donde el hombre vivía en condiciones consideradas idóneas – o, cuando menos, mucho mejores que las que rodean al que realiza el relato. Estas primeras ideas utópicas son una referencia que tiene como arquetipo la Edad de Oro y nos remite a una época histórica ya pasada y casi siempre a un lugar muy alejado geográficamente, o bien, en un lugar desconocido.

Por primera vez, el tema de la Edad de Oro aparece en los mitos sumerios. Un pasaje se refiere a un «pasado» en que la humanidad, antes de haber degenerado, conocía la abundancia y la paz.

En otro tiempo hubo una época en que no había serpiente  
ni había escorpión,  
No había hiena, no había león;  
No había perro salvaje ni lobo;  
No había miedo ni terror:  
El hombre no tenía rival.

En otro tiempo hubo una época en que los países de Shubur y de Hamazi,  
Sumer donde se hablan tantas (?) lenguas,  
el gran país de las leyes divinas de principado,  
Uri, el país provisto de todo lo necesario,  
El país de Martu, que descansaba en la seguridad,  
El universo entero, los pueblos al unísono (?)  
Rendían homenaje a Enlil en una sola lengua (Kramer, 1985, p. 97).

La rica temática sobre las islas con rasgos de la Edad de Oro la encontramos en los mitos de la literatura clásica griega: las Islas Homéricas situadas en el mar Mediterráneo (los Jardines de Hespéridas al oeste de Gibraltar, la Isla Syros, cuyos habitantes vivían en la prosperidad aislados de otros pueblos, etc.).

Homero en su «Odisea» habla de diferentes pueblos, que viven en países fabulosos y tienen abundancia de todo, están libres de todas las desgracias, que ahogan la humanidad: el hambre, las enfermedades, las guerras, y no sufren ninguna necesidad. Hesíodo en «Los trabajos y los días» caracteriza diferentes edades de la raza humana - la Edad de Oro, de Plata, de Bronce, de Semidioses y de Hierro como una involución decadente. En la Edad de Oro los hombres («raza de oro») vivían como los dioses, libres de sufrimientos y dolores en completa abundancia. La segunda «raza de plata» ya no era tan feliz y noble como la de oro. La tercera «raza de bronce» era inferior a la de plata, ya que su gente era muy violenta y se aniquilaba mutuamente en las batallas. La cuarta raza, que Zeus creó, era más noble y justa que las dos últimas. Las guerras exterminaron a estos pueblos en parte y Zeus les desterró a una isla lejana y feliz, donde ellos vivían como héroes, a quienes la tierra daba trigo y frutos tres veces al año. Al fin, Zeus creó la quinta raza, la de hierro, y los hombres de esta raza «jamás dejan de sufrir trabajos y dolores diarios», ya que los dioses los habían condenado a sufrir continuamente. Según S. Cro, aquí Hesíodo plantea tres ideas que influyeron en el pensamiento occidental: 1) la idea de la Edad de Oro; 2) la idea de la existencia feliz en las islas felices en los confines del mundo; 3) la idea de la edad de hierro como la de corrupción y del mal (Cro, 1977, p.42).

Platón fue uno de los primeros pensadores griegos que realizó la revalorización racional de los mitos. Él propuso dos proyectos: uno fue realizado en el estilo de la novela estatal («La República», «Las Leyes»), y el segundo estaba relacionado con los espejismos de la Atlántida - una gran isla-continente. Posteriormente, Yambulo y Evèmero en sus utopías geográficas - las novelas de viaje desarrollaban la temática de la Edad de Oro en las islas bienaventuradas.

Las búsquedas del país feliz fueron características de los autores romanos, los cuales se remontaban en su imaginación a la Arcadia, o a los pueblos bárbaros lejanos de Roma, que buscaban la salvación en la huída a las islas bienaventuradas que se encontraban en el Océano. Todas estas ciudades, islas y países mágicos dibujaban el verdadero paraíso terrenal con una abundancia fabulosa de eterna juventud, eterno verano, salud, amistad y paz.

Ovidio en «Las Metamorfosis» desarrolla el motivo de diferentes edades y contrapone a un estado de decadencia y corrupción un estado feliz e inocente, donde el hombre vivía sin propiedad, sin guerras, sin trabajos.

La Edad de Oro fue la primogénita, la cual sin coacción, sin ley practicaba por sí misma la fe y la justicia. Se ignoraban el castigo y el miedo, y no se veían grabadas en público, para ser leídas, palabras amenazadoras, y la multitud suplicante no temblaba ante la presencia de su juez, sino que estaban seguros sin

defensor. No había sido aún cortado el pino en sus montañas y no había descendido a la líquida llanura para visitar un mundo extranjero, y los mortales no habían conocido otros litorales que los de su país. Todavía no circundaban las ciudades los profundos fosos; no había largas trompetas, ni cuernos de bronce curvado, ni cascos, ni espadas; sin necesidad de soldados, las naciones pasaban seguras sus ocios agradables. La misma tierra, libre de toda carga, no hendida por el azadón ni herida por el arado, daba por sí misma de todo; y contentos de los manjares que producía sin que nada la obligara, los hombres recogían los madroños, fresas silvestres, frutos del conejo, moras que adherían a las zarzas espinosas y bellotas que habían caído del copudo árbol de Júpiter. Era eterna la primavera, y los apacibles céfiros acariciaban con sus tibios soplos a las flores nacidas sin semilla. También la tierra, que no había sido labrada, producía mieses, y el campo, sin ser cultivado, se cubría de grávidas espigas; manaban, ya ríos de leche, ya ríos de néctar, y de la verde encina iba destilándose la dorada miel... (Ovidio, 1972 p.26-27)/

Por primera vez en la obra de Tácito aparece la idea de la Edad de Oro en relación con la idea del buen salvaje atribuida a los pueblos germánicos. En su «Germania» él opone las costumbres buenas y las virtudes de los germanos a la corrupción de la sociedad romana. El significado de este trabajo consistía en la representación del «buen salvaje».

Imágenes semejantes existían en los mitologías de pueblos de la América precolombina. Por ejemplo: en las canciones del pueblo náhuatl se cantaba a la Edad de Oro de los toltecas.

Los toltecas eran muy ricos,  
no tenían precio los víveres, nuestro sustento.  
Dicen que las calabazas  
eran graneles y gruesas,  
que las mazorcas de maíz  
eran tan grandes y gruesas  
como la mano de un metate...  
También se producía el algodón  
de muchos colores:  
rojo, amarillo, rosado,  
morado, verde, verde azulado,  
azul, verde claro,  
amarillo rojizo, moreno y aleonado.  
Todos estos colores los tenía ya de por sí,  
así nacía de la tierra,  
nadie lo pintaba...  
Y estos toltecas eran muy ricos,  
eran muy felices;  
nunca tenían pobreza o tristeza.  
Nada faltaba en sus casas,  
nunca había hambre entre ellos... [Leon-Portilla, 1972, p.301-309]

El canónico del Capítulo de Lima P. Francisco Dávila transmite las palabras de un indio peruano, que pronunciaba durante el sermón evangélico:

Quizá alguno de vosotros dirá aora, Padre mío, los indios no somos como los Españoles, nosotros tenemos diferente origen y otro aspecto... Y demás desto, antes que aportassen acá los Españoles, auía muchos de nosotros, y nos aumentáuamos sin número en la sierra, en las punas, en lo templado, en la yunga, y en la costa del Mar. Pues las comidas como son el mayz, papas, quinua, occas, carneros, paccos, era sin número y medida, estauan los graneros del Inga embutidos desto, y lo mismo era en las troxas de los particulares...

Y entonces no auía ladrones, y las cassas de los Indios sin llaues, porque arrimada a la puerta vna barbacoa, y vna piedra, estaua segura, sin que la tocassen. Pero después que vinieron los Españoles, todos los indios se an hecho ladrones, y rompen las cerraduras para hurtar...» [Antelo, 1975)

De ahí se puede señalar que en la génesis de la cultura latinoamericana también desempeñó el papel muy importante un conjunto de ideas y experiencias relacionadas con la llamada «nuestra antigüedad» (J. Martí), es decir, con la historia de las civilizaciones precolombinas de América.

## **2. Utopía latinoamericana como la transición del mito al logos**

El descubrimiento del Nuevo Mundo sirvió de confirmación empírica a las ideas de los humanistas del siglo XV, que teorizaron sobre este tema.

Basándose en los textos clásicos, los humanistas identificaron la Edad de Oro con la época del triunfo de la virtud, de la sabiduría, de la sinseridad, de la coexistencia pacífica, y la Edad de Hierro con la época de los vicios, de la violencia, de la mentira. Los datos de la realidad contemporánea, profundamente analizados les convencían cada vez más de que la civilización europea se estaba corrompiendo y de que se haría necesaria una renovación. Con el descubrimiento de América, ellos recibieron el posible modelo de la renovación. A la América la empezaron a identificar con la Edad de Oro y a Europa, por el contrario, con la Edad de Hierro. Según F. Ainsa, el hombre autóctono y su «estado natural», sin propiedad privada, sincero y riguroso, con estudio obligatorio de ciencias y artes, «entusiasman a los misioneros por sus evidentes paralelos con los textos clásicos sobre formas ideales de organización social, de la República de Platón a la Utopía de Moro (Ainsa, 1999, p.138).

Numerosos «Diarios de viajes» respondían al ardiente deseo de los hombres de la época del Renacimiento conocer mucho más sobre los países descubiertos. Y se puede decir con palabras de Alfonso Reyes que «a partir de ese instante el destino de América – cualesquiera que sean las contingencias y los errores de la historia – comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una república soñada, una utopía» (Reyes, 1960, p.57).

No deja de ser paradójico que en el proceso de colonización de América, en la etapa, llamada por F. Ainsa «preutópica» las imágenes mitológicas clásicas, frutos de la invención colectiva europea, jugaron papeles, que de ningún modo les eran propios. Estas se manifestaban en calidad de originales «modelos mentales», y de hipótesis, que se dirigían a la búsqueda empírica de la tierra prometida, no importa como se llamase - El Reino de Cronos, El Paraíso, o el Dorado. «Los españoles, como señala Claude Lévi-Strauss, no tratan de adquirir nuevas nociones de América, sino más bien, verificar antiguas leyendas: las profecías del Antiguo Testamento, los mitos grecolatinos como la Atlántida y las Amazonas, las leyendas medievales con el Reino del Padre Juan y la Fuente de la Juventud» (Mahn-Lot, 1970, p.90).

En los textos de los viajeros encontramos las descripciones de la Edad de Oro que de forma milagrosa fue conservada en el Nuevo Mundo, con los rasgos de abundancia y orden natural. Citaremos algunos párrafos de la carta de Cristóbal Colón:

«Las tierras... todas hermosísimas, de mil fechoras, y todas andables, y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parece que llegan al cielo»; «la gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren ..., ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temeroso a maravilla..., y muestran tanto amor que darían los corazones» ... ,» procuren de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia, que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo», y tienen «muy sutil ingenio»; «no he podido entender si tienen bienes propios; que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas» (Colón: www).

Así mismo, en *La Primera Decada* de P. Mártir de Anglería encontramos la descripción de los aborígenes que eran

«más felices que aquellos [que conoció Eneas], con tal que reciban la religión; porque viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir...»; añadiendo que «tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua es común y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males... Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos...; de su natural veneran al que es recto, tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera» (Mártir de Anglería, 1989 p.145-146, 201-202).

Las características del Nuevo Mundo como la Edad de Oro las contienen cartas de A. Vesputio:

«En aquellos países hemos encontrado tal multitud de gente que nadie podría enumerarla... y todos de uno y otro sexo van desnudos, no se cubren ninguna parte del cuerpo», «no tienen paños de lana ni de lino ni aún de bombasí porque nada de ello necesitan; ni tampoco tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo» ... «Además no tienen ninguna iglesia, ni tienen ninguna ley ni siquiera son idólatras... Viven según la naturaleza, y pueden llamarse más justamente epicúreos que estoicos» (Vesputio, 1992 p.27, 28).

El avance hacia el interior del inmenso territorio americano activaba la imaginación de los conquistadores españoles. El oro, la sed de gloria y la fe se habían unido a la sed de aventuras y milagros, a cuyo encuentro estaban preparados por los libros de «Amadís de Gaula» (1508), «El libro de las maravillas» de Marco Polo (1503, 1520). Poco a poco las búsquedas del paraíso terrenal, de la fuente de la juventud eterna, de abundantes El Dorado, Paititi, la Ciudad de Siete Césares y otros lugares legendarios no sólo se convirtieron en potente estímulo para la asimilación de las regiones más lejanas del continente, sino también, para la transformación de las nuevas tierras en espacio potencial de utopías y de sus inagotable fuente. Según Aínsa

El género utópico se difunde al mismo tiempo que la conquista de América se acelera. Uno y otro se acompañan, en un progresivo movimiento pendular entre teorías sobre mundos imaginarios y lo que fue la práctica de la conquista y la colonización. América vive entre las geométricas conceptualizaciones sobre países de «ninguna parte», «nuevas Atlántidas», «Oceanías», «Ciudades del Sol» y las expediciones que se multiplican a los rincones más aislados del continente, muchas veces tras las huellas de un mito o de una leyenda. Mito y utopía sobreviven en experiencias paralelas, tangenciales o superpuestas y pueden reconocerse en diversos momentos de la historia del siglo XVI [Ainsa www ].

Las búsquedas del país feliz en el espacio del continente Americano se efectuaban en tres dimensiones:

1. La construcción teórica de la utopía relacionada con el Nuevo Mundo y basada en desacralización del mito (El relato sobre Ciudad de los Césares de D. Burgh).
2. Creación de la utopía retrospectiva, que apelaba al pasado precolombiano incaico (la obra del Inca Garcilazo de la Vega).
3. La organización de utopía «viva», utopía experimental (Vasco de Quiroga, república guaraní, etc.).

La huella más brillante en la historia del pensamiento de América Latina de los siglos XVI-XVII dejó la llamada «utopía experimental». Vasco de Quiroga y los padres jesuitas, se proponían crear repúblicas indígenas; ambos tenían ante sus ojos los modelos literarios clásicos y una sólida base empírica en la forma de vida de los pueblos autóctonos de América.

Realmente significativo en este sentido fue el experimento de Vasco de Quiroga, quien describía la realidad americana en los términos de la Edad de Oro: «Porque no en vano, sino con mucha causa y razón éste de acá se llama Nuevo-Mundo (y es lo Nuevo-Mundo no porque se halló de nuevo, sino porque es en gentes y casi en todo como fue aquel de la edad primera y *de oro*, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido a ser de hierro y peor» (Quiroga, 1985, p.363).

En el período de 1531 a 1535, Vasco de Quiroga funda a dos leguas de la Ciudad de México, con su propio salario, el primer modelo de poblado utópico, llamado hospital-pueblo de Santa Fe. También fundó otro centro en Michoacán (1533). Cuatro años después, en 1537, electo obispo de Michoacán, mandó instruir a las poblaciones en diferentes industrias para enlazarlas por la necesidad de los intercambios. Pero poco a poco Quiroga deja atrás la intención de la aplicación continental de su esquema utópico, y dirigió su esfuerzo hacia dos poblados de dimensiones más realistas. Y para estos dos hospitales-pueblo principales: el de México y el de Michoacán, — llamados ambos «Santa Fe» Quiroga redacta las llamadas *Ordenanzas* basadas en *La Utopía* de Moro. Los detalles específicos del proyecto de Quiroga demuestran no sólo coincidencia, sino también la copia de la «Utopía» de Tomás Moro. Esto se refiere a la organización de la vida social, es decir, al principio de trabajo forzoso y obligatorio de seis horas, a la prohibición de la propiedad privada, a la comunidad de bienes y la distribución equitativa («igualdad proporcional»), a la gobernabilidad democrática. Los tres principios fundamentales que deben prevalecer en el país, según Quiroga — es la igualdad entre las personas, el amor por la paz y el desprecio por el oro. En general, esto significó un cambio total del sistema tradicional de valores y fue la primera experiencia. Según su opinión la creación de la república indígena debe comenzar con la creación de

pequeñas comunidades, donde las gentes vivirían a la manera de los apóstoles (Quiroga, 1985)

La actividad reformadora surge con nueva fuerza casi 100 años después (en 1606) en las misiones de los Jesuitas en Paraguay. Esta resulta el ejemplo experimental de la realización de la utopía. Muchas características de las reducciones se asemejan a la utopía clásica. En primer lugar, hay que tener en cuenta el aislamiento del mundo exterior. Los misioneros estaban convencidos de que para preservar a los indios en las virtudes de la fe y la moral cristiana, los deberían proteger de la nefasta influencia de los europeos codiciosos.

¿Qué tipo de reformas realizaron los jesuitas? Fueron fundadas 33 Reducciones con una población de 3,5 a 5 mil habitantes. En ellas se trabajaba en la agricultura, la alfarería, etc. En las reducciones fueron desarrolladas diferentes artesanías – la confección, tejeduría, zapatería, joyería, cerámica, tallado en madera, en piedra, construcción de embarcaciones. Los guaraní construyeron barcos, superior en su tamaño a los que fueron construidos en los astilleros de Londres. Las labores eran obligatorias para todos y se hacían bajo la observación de personas especiales. En éstas no existía el dinero ni la propiedad privada. Todos los productos eran recogidos en los almacenes públicos donde trabajaban los indios educados en la escritura y la aritmética. La distribución de los bienes (comida, textiles, prendas de vestir, artículos para el hogar y otros) la realizaban los caciques. Los excedentes se exportaban.

En lo que se refiere a la organización social, hay que notar que todas las tierras de las reducciones habían sido divididas en dos partes: tupamba (la tierra de Dios) y anamba (propiedad privada). Ambas partes fueron propiedad de la reducción, una parte pertenecía a la comunidad, y otra – a una familia. Anamba estaba en el uso de la familia desde el momento del matrimonio y hasta la muerte de la cabeza de familia, cuando se devolvía a la comunidad, que se hacía cargo de proveer a las viudas, los niños y los enfermos. En su parcela la familia trabajaba tres veces a la semana, y todo el resto de la semana los indios trabajaban en el sector público. El trabajo en la tierra comunal fue obligatoria para todos, incluso para los caciques. Durante la existencia de la república los misioneros jesuitas introdujeron técnicas agronómicas innovadoras que les permitía satisfacer las necesidades de alimentos.

Los jesuitas prestaban mucha atención a la familia. Las niñas se casaban a los 14 años, y los varones a los 16 años. Ellos estaban obligados a contraer matrimonio con las jóvenes escogidas para el caso por los jesuitas. Uno de los viajeros que visitó las reducciones, escribía que los jesuitas protegían a los matrimonios desde la edad temprana, y no permitían que los hombres adultos permanecieran solteros y viudos y se los inclinaba a un nuevo matrimonio, excepto para los viejos. Por otra parte, todos los niños nacidos en las reducciones desde los cinco años pertenecían a la comunidad que se encargaba de su educación y crianza. Estas medidas, junto con un alto grado de protección social, dieron un increíble crecimiento de la población.

Además de estas utopías originales y experimentales hay que señalar la existencia de utopías teóricas directamente relacionadas con la realidad latinoamericana. Tal como la utopía del Inca Garcilaso de la Vega (Garcilaso de la Vega, 1985). La obra del Inca Garcilaso está entre la épica, la utopía y la historia. Él no fue utopista en el sentido clásico de la palabra como no lo fueron Homero, Hesiodo o Ovidio, sin embargo, toda su obra está impregnada de utopismo. Menendez y Pelayo calificó la utopía del Inca como retrospectiva. Él reclamaba: « *Los Comentarios* no son un texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la

*Oceania* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica (Menedez y Pelayo, 1948, p.75-76)

Para confirmar y argumentar estas ideas vamos a analizar algunos aspectos de la obra de Garcilaso. La esfera agraria es donde se realiza la actividad económica principal de la sociedad incaica. La propiedad privada no existía. Las tierras de comunidad se repartían cada año. La comunidad – aylyu – tan bien distribuía la tierra, su cultivo, organizaba el trabajo colectivo para que los plebeyos tuvieran todo lo que era necesario para la vida: alimentación, vestido, calzado, para que nadie pudiera llamarse pobre o pedir limosna. Como decía Garcilaso, ellos tenían todo en cantidad suficiente como si fueran ricos, ya que en realidad eran muy pobres, porque no tenían la propiedad privada. Funcionaba el principio del trabajo obligatorio: todas las personas mientras gozaban de buena salud trabajaban para su propio bienestar, y si alguien fuera castigado por holgazanería lo consideraban como un gran deshonor y vergüenza. De esto que a cada uno se le repartía no daba jamás tributo, porque todo su tributo era labrar y beneficiar las tierras del Inca. De esta tercera parte ningún particular poseía cosa propia, ni jamás poseyeron los indios cosa propia.

Las leyes del Estado incaico y la práctica de su cumplimiento por los simples ciudadanos son para Garcilaso objeto de especial admiración. Lo mismo que en Platón y Campanella, el escritor consideraba que la familia debía resolver la tarea más importante del Estado: la reproducción de la población. El estado tenía el derecho de controlar muy estrictamente las relaciones matrimoniales. Garcilaso analiza el sistema de educación y crianza de los niños indígenas y en general lo evalúa muy alto. Gracias a la inclinación natural y a la mansedumbre de los indios y al sistema de crianza, los niños crecían bien educados y trabajadores. Cada persona desde su infancia era entrenada en diversas actividades, que les podrían ser útiles en su vida futura.

En conclusión de nuestro breve discurso, podemos decir que en el período examinado de la formación del género utópico, éste aún no está completamente libre de la influencia del mito. Lo demuestra, en particular, la constante referencia a la imagen mitológica de la Edad de Oro. Sin embargo, la línea principal se ha visto muy claramente: es la transición de la descripción mitológica de las riquezas de la naturaleza y diferentes maravillas a la descripción de la estructura social por resolver el problema de asegurar la felicidad humana en la tierra, en el mundo real. Podemos afirmar que el surgimiento del género utópico dependía no sólo de la atracción ejercida por los ideales utópicos clásicos, el conocimiento de los cuales entró en moda en la época del Renacimiento, sino también del conocimiento con las descripciones de la naturaleza virgen y las buenas gentes de América, y la presencia en la estructura social de los pueblos autóctonos de ideas y prácticas, parecidas a los ideas utópicas antiguas.

## **FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA**

1. AINSA, F. «El mundo como invención» [http://ru.scribid.com/document/122140317/El-mundo-como-invencion-Fernando-Ainsa- pdf](http://ru.scribid.com/document/122140317/El-mundo-como-invencion-Fernando-Ainsa-pdf) )
2. AINSA, F. *La Reconstrucción de la Utopía*. México: Correo de la UNESCO/ Librería editorial, 1999
3. ANTELO, A. «El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI». *Thesaurus*. t. XXX. num. 1.(1975): 82-112



4. COLON, C. «*La carta de Colón anunciando el Descubrimiento*» <http://ensayo.rom.uga.edu/antologia/XV/colon/>
5. CRO, S. «Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el Buen Salvaje y las Islas Felices en la historiografía indiana», *Anales de Literatura hispanoamericana*, vol.6 (1977): 39-51.
6. GARCILASO de la VEGA, I. *Comentarios Reales de los Incas*. Lima: Ediciones del Centenario del Banco de Crédito del Perú, 1985
7. KRAMER, S.N. *La historia empieza en Sumer*. Barcelona: Ediciones Orbis, 1985
8. Lajo, Javier . ¿Cuna de la utopía real y del pensamiento utópico europeo?/  
<http://www.voltairenet.org/article169291.html>
9. LEON- PORTILLA, M. *Las literaturas precolombinas de México*, México: Ed. Pormaca, 1964
10. MAHN–LOT, M. *La découverte de l'Amérique*, París: Flammarion, 1970
11. MARTIR de ANGLERIA, P. *Decadas del Nuevo Mundo*. 1ª Edición. (introd. R. Alba) Madrid: Ed. Polifemo, 1989.
12. MENENDEZ y PELAYO, M. «Historia de la poesía hispano-americana» en *Obras Completas*, vol. II, 1-a ed. Madrid: Ed. C.S.I.C., 1948
13. PROGOFF , I. *La psicología de Jung y su significación social*. Buenos Aires: Paidós, 1967.
14. QUIROGA VASCO de. *Información en derecho*, C. Herrejón (ed.), México D.F., 1985
15. REYES, A. «No hay tal lugar...» *Obras Completas*. Mexico: Fondo de Cultura Economica, vol. XI, 1960: 335-389.
16. OVIDIO. *Las Metamorfosis*. Barcelona: Vicente Lopez Solo (edición y traducción) , 1972
17. VESPUCIO, A. «El Nuevo Mundo (¿1503?). Naturaleza y costumbres de aquella gente». *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*. Venezuela -Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992: 27-31.